J. Vallejo

médico Arístides que se sacrifica
to se nos habla, como de la cosa
«cuerpos de pantera», por las se-

cuencias que quiere sacar del viejo
on justas, pues sigue a los escrito-
on criterio filosófico y retórico. El
ista donde podemos ver con alguna
nero jefe de una servidumbre. Y
ible —y Birt lo olvida— señalar
importantes resultados, que tiene
púnicas, entre otras causas por la
.

s al sistema colonizador habrían
lo alguien se decida a hacer el
Roma, dentro de este plan modes-
consultar para este aspecto el ca-
precioso librito inglés *Roma* de

enta de Birt su excelente pro-
o, de infundir calor y vivacidad
frecuencia es harto seca y tediosa
ro. Y el máximo reconocimiento
os de Ciencias y Letras, por haber
cubrir el triste vacío que re-
habla romance la absoluta carencia
en lengua española. — *J. VA-*

RAGGIO: MENDIZÁBAL, 34, MADRID

Año III N.° XX

Revista de Occidente

Director:

José Ortega y Gasset



Sumario

R. PÉREZ DE AYALA: *Sobre las mujeres, el amor y Don Juan* * G. PITTALUGA: *Biología de los vicios* JOSÉ DELTEIL: *La peste en París* * EDUARDO SCHWARTZ: *Un intelectual en la política: Cicerón* * LUIS OLARIAGA: *Impresión de la Argentina en un economista*

NOTAS.—ANTONIO MARICHALAR: Los millones del conde Boni * AMÉRICO CASTRO: Cesare de Lollis, *Cervantes reazionario* * LUIS DE ZULUETA: Maxime Gorki, *Lénine et le paysan russe* * P. BOSCH GIMPERA: Obermaier (H.), *Fossil man in Spain*

Precio: 3,50 Madrid Febrero 1925

Sobre las mujeres, el amor y Don Juan

(Fragmentos de un coloquio)*

COLÁS parecía temer la cercanía de las mujeres. En cambio, cuando hablaba de la mujer en abstracto se extasiaba y profería expresiones de caballeresca veneración. Tigre Juan (en quien, tocante a las mujeres, andaban mezclados algunos borbotones de la sangre de Ote-

* Estos fragmentos pertenecen a una novela inédita, titulada *Tigre Juan*. En el presente coloquio novelesco las ideas son efundidas dramáticamente por dos personajes de opuesto temperamento y textura espiritual distinta. Viejas opiniones del autor acerca de estos asuntos, amor y donjuanismo, pueden hallarse en sus dos volúmenes de ensayos, *Las Máscaras*. Tales de estas opiniones coinciden por suerte con ciertos principios y conclusiones expuestos con arte magistral por el Doctor Marañón.

lo con algunos retoños del pensamiento de Eurípides) se había propuesto corregirle de semejante error sentimental, que a su juicio conducía a los más desdichados extravíos, desolaciones, ruinas y fieros males. Tratando este tema Tigre Juan alcanzaba elocuencia frenética de profeta bíblico.

—La mujer —exclamaba— es lo más vil de la creación. Falsa costilla, la arrancó Dios del cuerpo noble del hombre, para de este modimanera enseñarle que la debe mantener siempre apartada de sí, como todo lo que es de condición flaca y engañosa, cuyo es símbolo y encarnación la mujer. El género humano acércase hasta Dios por el hombre; abájase hasta la serpiente, que es el diablo, por la mujer. Penetrarás esta diferencia si lees atento la Santa Biblia, dictada por el Eterno; y no hay tu tía. El Paraíso no se perdió antaño y sólo por Eva. Piérdese cada menuto del día y de la noche por la mujer. Sin ella, este valle de lágrimas tornaríase nuevo Paraíso. Escucha la isperiencia, Colasín, hijo mío. Huye de la mujer como de Bercebú. Jesús. Jesús. ¡Arreniego! Culiebras venenosas, todas ellas. ¡Lagarto, lagarto! ¿Qué mujer hay de fiar? Como la culiebra muda de camisa así mudan ellas de intención y de cara

y de hombre. Ninguna se mueve sino de bajo apetito, por codicia del ochavo y por celo, entre sí, de ver cuál luce más ínfulas y majencia. ¿Conocerélas yo, hijo? Harto estoy de contarte lo de Traspeñas. Otra vez a contártelo voy. De allí bajan cuantas nodrizas yo aquí en Pilares acomodo, todas solteras, que es para los amos lo más descansado en este oficio, y maestras en el arte de la crianza, por el mucho ejercicio que de él tienen hecho. Traspeñas es monte bravo, apartado del trato de gente urbana, allá donde Cristo dió las tres voces; lugar de ganadería caballar y vacuna, que por aquellos vericuetos pacen y brincan libremente, hasta que las reses, así de pezuña como de uña, están en edad de rendir provecho. Pues, al modo que en aquel apartamiento montaraz hay parada para las yeguas, semental para las vacas y garañón para las pollinas, así también hay de lo uno y de lo otro para las mozas del contorno, las cuales son talmente, sin denigrar, burras de leche. Viven pastores y zagalas amontonados, entreverados, sin rey ni roque, como gentiles. Pierden las mozas la honestidad no por enamoriscadas e inocentes sino por industria y de propósito, para luego bajar a la ciudad y hacer granjería de la crianza del hijo ajeno, en casa

rica, poniendo la ubre a rédito. Y en concluyendo de amamantar un señoritín, suben deprisa al risco y hácense de nuevo embaranzadas con el primero que topan. El dinero que ganan van guardándolo a buen recaudo. El matrimonio legal aborrecen. Los hijos que paren abandónanlos en breñas y brañas, a que los socorra una cabra, con más dulce corazón que ellas, o bien los tiran y hunden en el negro buraco del torno del Hospicio, como navegante que arroja al agua lastre inútil por prosperar más aina. Creeraslo o no lo creerás, hijo, pero así es; de pe a pa, sin quitar ni poner. Bástete con preguntar a la primera moza que llegue de Traspeñas solicitándome colocación, pues soy, como sabes, su agente exclusivo, y ella te responderá paladinamente, sin rojez ni repulgos, como si te recitase un romance de caballerías, en lo cual, cosa que me pasma, son muy diestras. Y más te digo. Las mujeres todas, en Pilares, en Roma, en Pequín, en Nínive y en Babilonia son de la propia levadura y voluntad que las mozas de Traspeñas, sólo que el freno del bien parecer y el temor del látigo de la afrenta ya que no les corrijan las mañas, pues esto no está en el poder humano porque Dios así lo dispuso, oblígalas a ser cautas y a que no hagan de

las suyas sino es por lo encubierto y a cencerros tapados. ¡Guárdate, Colás, de ellas, que, de lo contrario, miserias sin fin te auguro!

En la invectiva contra las mujeres y dialéctica antierótica Tigre Juan era inagotable. Por lo común, Colás le oía sin replicar, con gesto respetuoso y de resistencia pasiva, como quien no se convence, pero no se atreve a declararlo.

Colás acostumbraba, después de la cena, leer en voz alta, para su tío, un diario madrileño. En cierta ocasión, ocurrió en Madrid uno de tantos crímenes pasionales. Tigre Juan hizo que su sobrino le leyese la información periodística de punta a cabo, sin omitir palabra. A medida que avanzaba la lectura, tío y sobrino iban excitándose visiblemente, aunque cada cual a impulso de reacciones contrarias. De tiempo en tiempo, Tigre Juan pronunciaba secas glosas aprobatorias. Colás tragaba un buche de saliva y después de una pausa proseguía leyendo. Un joven elegante, un caballero, había matado, a tiros por la espalda, a su novia, en mitad de la calle. Causa del crimen: que la muchacha, hastiada de aquel joven elegante, había roto con él y estaba para casarse con otro. A raíz del crimen, luego de estar deteni-

do y desarmado el homicida, algunos testigos presenciales, disipado el primer estupor, intentaron lanzarse sobre él. El detenido, con grande y severa dignidad, había dicho: «No me ofendáis, que estoy indefenso, y eso no es caballeroso. Hice lo debido. Era una coqueta, una infiel. Yo no podía vivir sin ella.»

Tigre Juan descargó un puñetazo sobre la mesa y gritó:

—Lo debido.

Iba a continuar hablando, pero Colás arrugó entre sus manos el periódico, lo despidió lejos, se puso en pie y rompió a decir, con voz tartamuda de vehemencia:

—*Estoy indefenso...* ¿Y ella? ¿Llevaba acaso armadura de acero o trabuco debajo del brazo? *Eso no es caballeroso...* ¿Lo es, por ventura, asesinar a una mujer por la espalda? *No podía vivir sin ella...* ¿Por eso la matas? Donoso remedio. Ahora que ya no vive es sin duda cuando tú vivirás siempre en su compañía... No podías vivir sin ella... Pues haberte matado tú, o haberte alistado para Cuba o Filipinas, a que te matasen allí de una manera honrosa. ¡Cobarde! A todos los asesinos de mujeres ahorcaba yo en el acto, y apuesto que con no más de media docena de lenguas fuera del gañote se acababa para *in eternum* esta ralea de españoles heroicos.

—Calla, Colás, calla. Por Dios te lo suplico. Tú sí que me estás matando —sollozó Tigre Juan, ahogadamente, la piel lívida, color de ceniza *.

Colás acudió a su tío:

—¿Qué le sucede? ¿Se siente mal?

—Nada, hijo. No es nada —murmuró Tigre Juan, recobrándose—. Siéntate. Hablemos serenamente. No tienes razón.

—¿Que no tengo razón? Pero ¿aprueba usté el crimen de ese... desdichado?

—Lo apruebo. Lo aprobará la sociedad. La sociedad obedece a razones más poderosas que la débil y obcecada razón de un hombre solo, como es la tuya. La sociedad se compone de hombres. De hombres, fíjate bien, puesto que de mujeres solas no podría haber sociedad, ni civilización, ni progreso. Las mujeres son un estorbo en la sociedad. Peor todavía: son la perdición de la sociedad, siendo, como son, la perdición de los hombres. ¿Cómo podría valer-

* Alguien murmuraba que Tigre Juan, años atrás, había asesinado a su mujer por celos, poco después de casado. Esto debió de acontecer en la misteriosa mocedad de Tigre Juan trascurrida en las islas Filipinas.

se la sociedad contra ese peligro constante si no es conteniéndolo, por el escarmiento, de vez en cuando? ¿Te feguras lo que sería la sociedad, de no sacrificar tal cual vez una de esas bestias malinas, para las cuales no hay doma posible: digo, las mujeres? ¡Ay, hijo! Entonces, todas ellas serían prostitutas sin visera y ningún hombre se atrevería a caminar con la cabeza levantada, como aseguran que así reina la disposición de las costumbres en algunos países corrutos de fuera: y no poco sé yo de eso. Por lo cual, la sociedad, en justicia, absolverá a ese joven. Ya lo verás.

—Una sociedad de hombres cobardes y mal educados.

—Pues ¿peco yo de blanco o estoy mal educado? La educación, poca o mucha que tengo, de nadie la recibí, sino que cavilando honradamente yo mismo me la fuí haciendo. Préciome de que es buena, razonable y útil, para mí y para el prójimo.

—Así lo entiendo yo también, y no es lisonja. Usté, tío, hace excepción, y no hay tacha que ponerle.

—No tanto, rapaz, no tanto. Póngome yo muchas. Y ¿quién, como yo, está al tanto de mis fealdades e imperficiones, aquí adentro,

muy adentro? Ni la propia doña Iluminada con sus ojos de lechuza adivinadora que todo lo traspasan, me ve tal cual soy. Tigre, sí, tigre bien lo proclama el vulgo, que no yerra. Aunque oprimido y a medias domesticado, tigre soy y seré hasta que muera. No hagas concepto demasiado alto de mí.

Colás sonrió amablemente de esta jactancia, que nunca conseguía tomar en serio, a pesar de la temible fama del tío y de sus arrechuchos de cólera destructora, que presenció tales veces, aunque todavía no había sido él la víctima. Replicó:

—No hablaba de usté, antes de los otros hombres con quienes dondequiera tropiezo. En mi sentir, están mal educados, no tanto en las maneras como en los principios que profesan acerca de lo que debe ser la verdadera hombredad. Para ellos, el hombre más hombre es Don Juan.

—Claro, claro, claro...

—Entonces yo no soy hombre. Y, si no se me enoja, añadiré que usté tampoco lo es, pues nunca le he visto encalabrinado detrás de unas faldas, ni tengo noticia de que haya burlado mujeres.

—En ese respective, razón tienes; y bien que me pesa.

—Si le pesase sinceramente, no sería como es.

—Más prevalece en mí la mala voluntad contra ellas que la buena voluntad de burlarlas para castigo y equitativa venganza de sus burlerías. Siempre seremos los hombres los burlados, y de aquí, como lo sabemos, nuestro encogimiento y temblor al llegarnos cerca de ellas. Sólo Don Juan es bastante bizarro para a todas acometer, bastante gallardo para a todas enamorar, bastante sotil para burlar a todas.

—Y a la que no se rinde, pum, un tiro por la espalda: sanción legítima a tamaño desacato. Porque ¿habrase visto delito más execrable que ese de que una mujer no corresponda al amor o no se doble al capricho de un hombre? El criminal no es él, no: ella lo ha sido. El es ejecutor, *motu proprio*, de la justicia humana.

—Siempre —continuó Tigre Juan, absorbido y arrastrado por la corriente enérgica de su propio discurso y sin detener la atención en los sarcasmos de Colás, como hombre que va río abajo, arrollado y envuelto en agua poco profunda y estrepitosa, que no advierte las risas con que desde las márgenes celebran su precipitación—, siempre seremos los hombres

los burlados, los traicionados, los escarneci
dos. Don Juan, por designio divino, es
vengador de todos los demás hombres infe
lices. Tentado estoy de sostener y prego
nar a los cuatro vientos (y si hubiese he
rejía, en el tribunal de la penitencia m
arrepentiré y sobre picota abjuraré mi erro
que Don Juan Tenorio es el segundo reden
tor de los hombres, guardadas las reverenda
distancias, ya que Jesucristo fué Dios tant
cuanto hombre, así como Don Juan no e
nada más que hombre, eso sí, hombre enter
Jesucristo nos redimió del pecado original, co
metido por Eva, la primera mujer, y por cul
pa de ella hubo de bajar a la tierra a recibi
muerte oprobiosa de cruz. Don Juan nos redi
me de otro pecado sin cesar repetido por toda
las posteriores mujeres (así como el de Eva fu
el original), y este es el espantoso pecado de ri
dículo, que aunque ellas cometen el pecado e
ridículo cae de plano sobre nosotros. Gracias
Don Juan, al cual nunca tributaremos las me
recidas alabanzas, el ridículo y la irrisión re
vuelven sobre la mujer, de donde proceden
Voy más lejos. Tengo a Don Juan por hombr
que raya en santidad, pues todas sus aventura
más se dijeran trabajos, que lleva a término an

tes por caridad, penitencia y deber para con los demás hombres que por afición. Habrás visto, en la función de teatro, que sube al cielo en definitiva, rodeado de nubes y ángeles. Conque por algo será. Maravíllame, hijo mío, cómo el papa, que es hombre e infalible, no ha exaltado todavía a Don Juan a los altares, cosa que no sería de chocar si fuese papisa en vez de papa, como ya hubo alguna. ¿Tienes algo que refutarme?—concluyó, con enfático ademán de condescendencia, Tigre Juan, lleno de confianza en lo inexpugnable de sus razones.

—Si usté me lo permite...

—Ea, ¿pues no...?

—Digo que si no hubiera Don Juanes, más o menos Don Juanes, la mujer no podría burlar al hombre. Quien burla al hombre no es la mujer, sino otro hombre, Don Juan.

—Ja, ja. Me haces reír, alma de cántaro. Un Don Juan no nace de madre sino con grandes espacios y de higos a brevas, cuando Dios quiere, porque ya las cosas de tejas abajo andan por extremo confusas, a causa de los enredos de las mujeres. Entonces envía Dios uno de estos redentores. ¿De dónde sacas tú que la mujer, para engañar a un hombre, necesita un Don Juan que la fascine? No, hijo mío. La

mujer engaña por engañar, cuando quiera y con quienquiera. No es que la seduzcan; ella seduce a aquel que se le pone a tiro, y si no lo consigue éntrale rabia y siéntese humillada. Burlados son siempre los hombres, marido y amante, supuesto que el amante sea uno solo, pues en tanta medida y proporción burla la mujer al marido con el amante como al amante con el marido. ¿Tienes algo más que decir ahora?

—Digo, y pondría una mano en el fuego, que usté, en lo más oscuro del pecho, o en lo más claro, no cree nada de eso que achaca a las mujeres.

—Respóndeme si tengo o no razón, y déjate de si lo creo o no.

—Con todo miramiento, respondo que no tiene razón.

—Pues persuádeme. He de agradecértelo. No apetezco otra cosa que pensar bien de la gente, y ya ves, hasta la fecha, la vida me enseñó a ser mal pensado con media humanidad; aquella que se viste por la cabeza.

—No es menester persuasión para echar de ver lo evidente. Como la aguja imantada se endereza hacia la estrella polar, así el hombre fatalmente es atraído por la mujer. Si en su

derrotero embiste con algún bajío o escollo, no es culpa de la estrella.

—Hijo, has usado palabras singularmente significativas. Si, como has dicho, el hombre embiste acaso, hijo, no negarás que es por culpa de la mujer. Y si se estrella, será por su mala estrella; que la mala estrella de un hombre es una mala mujer.

—Chanzas a un lado, con no menor evidencia se echa de ver que entre Don Juan y las mujeres andan trocados los papeles. No es que engañe a las mujeres: esa es una mixtificación que él mismo urde y propala. Ellas solas se engañan, habiéndole tomado por muy hombre, como corre en la leyenda que el propio Don Juan se ha formado, y luego, de cerca, viene a parar en que la decantada hombredad es una fábula. He leído bastantes libros que cuentan la vida de Don Juan. En ninguno de ellos se acredita que haya tenido siquiera un hijo. ¿Me quiere usté decir por qué este gran farsante no logró fecundar una sola mujer, con todo y haber pasado su tiempo en intentarlo, probando en el mayor repertorio de prójimas, desde la princesa altiva a la que pesca en ruin barca, quienes, con otro hombre cualquiera, sin nada de Don Juan, fueron fecundas? No es tampoco

que Don Juan en cinco minutos se sacie de cada mujer, y al punto la abandone. Sale escapado, eso sí, por dos razones; cuándo una, cuándo otra. Primera, que le falla el deseo en no pocos casos, y antes que se le descubra, o anticipándose a que la mujer le compadezca, y quizás le desprecie, toma la huída para curarse en salud; así la mujer queda corrida de sí misma, figurándose no haber sido del agrado de Don Juan, y por no dejar traslucir la íntima vergüenza le guardará el secreto, o acaso colabore a que cunda tan infundada leyenda, refiriendo de él extraordinarias hazañas amorosas. La segunda razón y la más corriente consiste en la desgana y atonía efectivas de la carne junto con la apetencia ilusoria de la fantasía, por donde, a fin de estimular el deseo, necesita el incentivo de lo vario, lo nuevo y lo poco. Ocurre con esto como con todos los apetitos materiales, por ejemplo, el del estómago. Una persona de buen diente se conforma con un solo plato abundante, del cual repite tantas veces como el cuerpo se lo pide; así como el verdadero hombre es el que ama seguido y sin cansarse de ella una sola mujer.

—Ese dictamen —cortó Tigre Juan— lo suscribo.

—Pero quien exige diversidad de golosinas y va picando de una en otra, que todas, con algo más que catarlas le repugnan, y lo poco que come es forzándose, a costa de fastidio y trasudores, ese tal no cabe duda que anda flojo de apetito. Así como el hombre no muy hombre va de mujer en mujer con la esperanza, vana siempre, de que la siguiente será más de su gusto y le mantendrá encendido el deseo. Se me dirá que Don Juan es un peregrino de la belleza; que allí donde advierte un asomo o vestigio de hermosura se precipita a poseerlo, y siendo belleza relativa o defectuosa, como todas las de este bajo mundo, se desanima y decepciona. ¡Sofismas y arbitrariedades tudescos! La belleza sólo es belleza pura en cuanto no mueve el deseo de posesión. Lo otro es sensualidad más o menos enmascarada. Cuando Don Juan dice *¡hermosa mujer!* lo dice como de una fruta. No expresa admiración ni amor por la belleza, sino apetito, en la imaginación, de dar pábulo a su sensualidad, débil o gastada. Si nos enamorásemos de una mujer únicamente por su hermosura, este amor sería un amor platónico. Y así como Don Juan, o sus imitadores y devotos, antes que verse públicamente rechazados o no correspondidos de

una mujer a quien dicen amar se consideran en el deber de matarla, como chiquillo mal educado, que, negándole el disfrute de una cosa, la destruye, antes que otro la goce; así, el buen amador, el fino amador nada pide, nada recuesta de la amada sino que le consienta contemplarla y adorarla en silencio, y si ella le respondiese que no quiere verlo ni dejarse ver de él, no pudiendo vivir sin ella él es el que se mata.

—Bonito papel, como hay Dios. Y ¿quién es ese amador tan majo? ¿Dónde o cuándo lo hubo?

Colás narró entonces la historia, amores, dolores y trágico acabamiento del joven Werther. Continuó:

—Ese es un hombre. Si de mí dependiera, hacía que el librito donde se contiene esta noble y triste historia de Werther fuese texto obligatorio, de lectura y comentario, en la educación masculina del pueblo español.

—¡Atiza! Vaya un modelo. Ese mocito era el más grande majadero de que tengo noticia.

Ramón Pérez de Ayala